

CAPÍTULO XIX

Toma Cortés la ciudad de Itzocan.—Varias provincias y ciudades solicitan aliarse á los españoles.—Triunfos de Cortés.—Muchas ciudades del Estado de Oajaca se confederan con los españoles.—Gran prestigio de Cortés entre los nativos de las diversas provincias de Anáhuac.—Envia á Martin Lopez á Tlaxcala para construir trece bergantines.—Muere de viruelas el senador tlaxcalteca Maxixca.—Sentimiento de Cortés por su muerte.—Sucumbe tambien, víctima de las viruelas, el emperador de Méjico Cuitlahua.—Solicitan algunos de los de Narvaez volver á Cuba.—Cortés les deja marchar.—Recibe Cortés algunos refuerzos de españoles.—Escribe á Cárlos V su segunda carta, desde Tepeaca ó Segura de la Frontera.—Deja una guarnicion en Tepeaca y se dispone á volver á Tlaxcala.

1520. Tres dias permaneci6 Hernan Cortés en Quauhquechollan con objeto de que descansasen sus soldados, y en ellos se presentaron los enviados de varias ciudades ofreciéndose por vasallos del rey de España.

La fortuna parecia sonreirle y presentarse dispuesta á favorecerle en la árdua empresa que habia acometido.

Viendo descansada á su tropa, emprendió su marcha

hacia Itzocan, ciudad de veinte mil almas, llamada despues Izucar, y conocida actualmente con el nombre de Matamoros. Se hallaba á distancia de cuatro leguas de Quauhquechollan y estaba defendida por una numerosa guarnicion mejicana. La ciudad se encontraba situada en un delicioso y fértil valle, cercado de altas montañas, y regado por abundantes canales, hechos con acierto, donde se daba en abundancia el rico algodón y delicadas y sabrosas frutas (1): un rio profundo y una sólida muralla circundaba la ciudad. Sus calles eran rectas, y sus edificios bastante buenos, figurando entre ellos un número considerable de templos. Mandaba el Estado un personaje de la sangre real de Méjico, á quien Moctezuma dió el señorío de la provincia, habiendo mandado dar muerte al señor que legítimamente lo poseia. Se ignora la causa que el emperador tuvo para privar de la vida al legítimo señor, aunque debe suponerse que seria por serle desafecto. Adicto el jefe del Estado á la causa del imperio mejicano, habia hecho tomar las armas á todos los habitantes para combatir contra los españoles, y se dispuso á defender la ciudad al ver que se dirigian á ella. La guarnicion mejicana, unida á las tropas de la provincia, esperaban serenos la presencia del enemigo.

A medida que Hernan Cortés avanzaba hacia Itzocan,

(1) Hernan Cortés, que estudiaba el clima, las producciones y la situacion de los pueblos, dice de Itzocan: «Tiene un valle redondo muy fértil de frutas y algodón, que en ninguna parte de los puertos arriba se hace por la gran frialdad: y allí es tierra caliente, y cáusalo, que está muy abrigada de sierras; todo este valle se riega por muy buenas acequias, que tienen muy bien sacadas y concertadas.»—Segunda carta de Cortés.

se iba aumentando su ejército con la gente que se le unia de los pueblos que reconocian por jefe al señor de Quauhquechollan. Todos querian tomar parte en la expedicion, para arrojar á los mejicanos lejos de la provincia, y alcanzar el rico botin en los combates. Veian que la victoria acompañaba al caudillo español, y todos se apresuraban á marchar bajo sus órdenes. Las aldeas y las ciudades quedaban sin habitantes por seguirle; y era tanto el afan de los nativos por alistarse bajo las banderas del general que les conducia de triunfo en triunfo, que antes de llegar á Itzocan «llevaba, dice el mismo Cortés, tal número de gente de los naturales de la tierra, que casi cubrian los campos y sierras hasta donde alcanzaba la vista, pudiendo asegurar que pasaban de ciento veinte mil guerreros los que llevaba en mi compañía» (1).

Los españoles, que iban por delante, atacaron la ciudad, marchando al asalto. Los defensores, que habian hecho salir con anticipacion á las mujeres, á los niños y los ancianos, á fin de que no hubiese en la plaza mas gente que la de guerra, hicieron una resistencia vigorosa; pero viéndose desalojados de todas partes, huyeron de la ciudad, por la parte del rio, levantando inmediatamente los puentes para impedir el paso á sus contrarios. Difícil era ganar la orilla; pero Cortés y sus soldados se arrojaron al agua para pasar al otro lado, y ganada

(1) «E iba en mi compañía tanta gente de los naturales de la tierra, vasallos de V. M., que casi cubrian los campos y sierras que podiamos alcanzar á ver. E de verdad habia mas de ciento y veinte mil hombres.»—Segunda carta de Cortés.

al fin la orilla, continuaron la persecucion por espacio de legua y media, destrozando completamente á los contrarios, de los cuales muy pocos lograron salvarse (1).

Rico fué el botin que las tropas auxiliares cogieron en esta campaña, y grandes las demostraciones de alegría que hicieron por la victoria.

Terminada la persecucion, Hernan Cortés volvió á Itzocan, y por medio de varios prisioneros de importancia, llamó á los vecinos que habian abandonado la poblacion, diciéndoles que volviesen á sus hogares, que nada temieran, y asegurándoles que nadie les molestaria en lo mas mínimo. Sabiendo que el caudillo español cumplia sus promesas, volvieron á sus casas con sus familias, reinando á los dos dias en la ciudad la misma animacion que antes de la lucha.

El señor de Itzocan se retiró á Méjico, y la nobleza de la provincia, que siempre le miró con desagrado, declaró vacante el Estado, á fin de colocar en el poder una persona que mereciese la aprobacion general. Todos los habitantes de la poblacion y de las demás ciudades y aldeas de la provincia se presentaron á Cortés, ofreciéndose por súbditos de la corona de Castilla. Aseguraban que, obligados por su señor, habian tomado las armas en favor del imperio mejicano; pero que, desde aquel instante, serian firmes aliados de los españoles.

Los nobles, en cuanto declararon vacante el Estado, acordaron, con la autoridad y proteccion de Cortés, de dar

(1) «Y seguimos el alcance hasta legua y media mas; en que creo se escaparon pocos de aquellos que alli quedaron.»—Segunda carta de Cortés.

á la provincia un gobernante á quien legítimamente le perteneciese el mando. Manifestaron que le tocaba de derecho á un hijo del cacique de Quauhquecollan y de una hija del señor á quien Moctezuma mandó matar al poner en su lugar á su pariente. La eleccion se hizo en la persona que anhelaban; pero como aun no tenia edad suficiente para ponerse al frente de los negocios, nombraron para que gobernasen la provincia, durante los años precisos, á su propio padre, á un tio suyo y á dos distinguidos personajes de la nobleza.

La fama de las victorias alcanzadas por los españoles, voló rápidamente por todos los ámbitos de las diversas provincias y señoríos. Numerosos pueblos, anhelando su proteccion, se apresuraron á ofrecerse por súbditos del rey de España, ofreciendo servirle franca y lealmente. No solamente las poblaciones inmediatas á Itzocan y Quauhquecollan se declararon espontáneamente aliadas de los españoles, sino que aun las que se hallaban á larga distancia, enviaron sus embajadores, ofreciéndose por vasallos de la corona de Castilla. Todos buscaban, con ardiente anhelo, la alianza y la amistad de unos hombres que llevaban consigo la victoria, deseando vengar la dura y larga opresion de los emperadores mejicanos.

Arrojadas las tropas aztecas de los puntos que dominaban en la provincia, regresó Hernan Cortés á Tepeaca, donde se continuaron con actividad las obras de fortificacion que habia mandado levantar. Para reducir á la obediencia á las poblaciones que aun se mantenian hostiles, destacó á sus capitanes á diversos puntos con la fuerza que juzgó necesaria. Envió al famoso Gonzalo de Sandoval

contra los habitantes de Xalatzinco, ciudad fuerte y poco distante del camino de Veracruz. Un numeroso ejército de guerreros salió á presentarle batalla junto á los muros de la poblacion. El combate fué reñido; pero triunfó Gonzalo de Sandoval, y despues de dejar expedita la comunicacion entre la Villa Rica y Tepeaca, volvió, llevando prisioneros á los principales jefes y personajes vencidos. Hernan Cortés, al verles arrepentidos de sus hostilidades les paso en libertad, convirtiéndoles, con su generosidad, en leales amigos. La expedicion enviada sobre Tecamachalco, notable ciudad de la nacion Popoloca, alcanzó el mismo resultado, despues de una resistencia heroica de parte de sus habitantes. Las operaciones militares dieron por resultado la desaparicion de las tropas mejicanas, y la alianza de los pueblos con los españoles. Ocho ciudades de la provincia de Mixtecapan, y muchas mas del distante Estado de Oajaca, se adhirieron á la corona de España y solicitaron la proteccion de Hernan Cortés. Las distinguidas consideraciones con que trataba á los aliados; su política conciliadora y el respeto á las autoridades reconocidas por los Estados, le captaban las simpatías de todos, y le acreditaron de justo y desinteresado. Su recto juicio y su claro talento, unidos á su afabilidad y prudencia, le conquistaron el aprecio general; y los pueblos, en sus diferencias, le elegian por árbitro, manifestándose satisfechos de sus resoluciones. Aun los personajes que entraban á ocupar legitimamente en las provincias el primer puesto, por muerte del que habia ejercido el poder, ocurrían á él, por atencion y deferencia, como si fuese señor de la tierra, á obtener la confirmacion de la investidura de los Estados vacantes. Tenian forma-

do un elevado concepto de su carácter, probidad y amor al orden; y hasta en las interesadas disputas de sucesion, se sujetaban contentos á su fallo (1). Con su acertada y discreta política, su afable trato y su liberalidad, adquirió en las provincias sujetas poco hacia al imperio, una influencia que contrastaba con la aversion que tenían á los inflexibles aztecas.

Diariamente iba creciendo el número de señoríos y reinos aliados, y pronto se vió formado un nuevo imperio en el corazon de Anáhuac, que amenazaba destruir el antiguo y poderoso de los monarcas mejicanos. Hernan Cortés veia aproximarse el dia de la realizacion de sus ensueños. Contaba con numerosos ejércitos de nativos para marchar sobre la capital azteca, y no dudaba del feliz éxito de la empresa. La experiencia le hizo conocer que su sola fuerza no hubiera bastado para sujetar á la nacion conquistadora de los reinos de Anáhuac, y miró, en las naciones aliadas, el elemento eficaz, el auxilio poderoso que le daria la victoria. Atenido á sus solos recursos, no hubiera podido alimentar las tropas con que sitiase la capital, mientras teniendo á todas las provincias por aliadas, y enviando cada una sus ejércitos, recibirían los víveres de sus respectivos señoríos.

Conocia el entendido general español que para sitiar la

(1) «Y tanta era la autoridad, ser y mando que habia cobrado nuestro Cortés, que venian ante él pleitos de indios de lejas tierras, en especial sobre cosas de cacicazgos y señoríos; que, como en aquel tiempo anduvo la viruela tan comun en la Nueva España, fallecieron muchos caciques, y sobre á quien le pertenecia el cacicazgo y ser señor y partir tierras ó vasallos ó bienes venian á nuestro Cortés.»—Bernal Diaz del Castillo. *Historia de la Conquista*.

capital azteca, no bastaba situarse en las calzadas que conducian á ella, sino que era preciso dominar la laguna. Este pensamiento, que no le habia abandonado ni aun en los momentos terribles de la Noche Triste, en que salia huyendo de la ciudad, volvió á ocuparle desde que se encontró al frente de los numerosos ejércitos aliados. Para enseñorearse de las aguas del lago, necesitaba construir varios bergantines, semejantes á los que construyó en Méjico y que fueron quemados por los mejicanos cuando atacaron á Pedro de Alvarado en sus cuarteles. El vizcaino constructor Martin Lopez, era, como hemos visto, de los que se salvaron la Noche Triste, y se encontraba en el ejército. Hernan Cortés le llamó y le dió orden de que marchase á Tlaxcala y construyese trece bergantines de las dimensiones de los que construyó en Méjico; pero que pudieran armarse y desarmarse. De esta manera podian llevarse en hombros de los indios hasta Texcoco, donde se echarian al agua para dominar el lago.

El pensamiento de llevar en hombros de hombres una escuadra, al través de un país montuoso, es verdaderamente atrevido, como todo lo que correspondia al genio de Cortés. Nada habia que arredrase á aquel hombre, para el cual no existian obstáculos ni peligros insuperables. La idea la concibió acaso desde el siguiente dia del abandono de la capital, á juzgar por la alegría que le causó ver al soldado constructor, Martin Lopez, entre los que se habian salvado.

En medio de las satisfacciones y de la alegría que debian inundar el corazón del afortunado caudillo español, por la excelente disposicion de los pueblos en favor de los inte-

reses de la corona de España, recibió la infausta noticia de la muerte del anciano Maxixca, uno de los cuatro jefes de la república de Tlaxcala y á quien consagraba singular aprecio. Hernan Cortés sintió profundamente la pérdida del noble gobernante tlaxcalteca, así por la estrecha y sincera amistad que á él le unia, como porque le era deudor de la admirable armonía que reinaba entre los valientes hijos de Tlaxcala y los españoles. En los dias de la adversidad, cuando enfermos y heridos habian llegado los soldados castellanos á la república, él fué el primero en levantar la voz en favor de los desgraciados huéspedes, rechazando las proposiciones de los embajadores mejicanos. Los españoles, que tenian presente su lealtad, lamentaron su muerte. Fué víctima de la terrible enfermedad de la viruela, llevada por el negro criado de Narvaez, que se extendió por todo el país, causando horribles estragos en sus habitantes. Desde que el anciano Maxixca conoció que se acercaba el último instante de su vida, llamó á su hijo y sucesor, y le encargó que cultivase la amistad de los hombres blancos, y que les guardase eterna fidelidad. Poco despues expiró, abrazado de un pequeño crucifijo que, al hacerse cristiano, le habia regalado Hernan Cortés.

La mortífera enfermedad, que desde Cempoala, donde comenzó, pasó á Tlaxcala y marchó invadiendo las demás provincias, causó espantosos estragos en la capital de Méjico y los pueblos inmediatos. Muchas aldeas quedaron casi sin habitantes; y barrios enteros de la ciudad se veian desiertos. Los indios, desconociendo la enfermedad, se bañaban al sentirse atacados, y muy pocos de